

DON QUIJOTE.

Por Manuel LOPEZ PEREZ

agosto 1954.

Empleados en una misma Secretaría de Estado y viviendo en casas ubicadas en la misma cuadra de la séptima calle de "Las Camelias", en una de las más pacíficas colonias de la capital de la ~~pacíficas colonias de la capital de la~~ dimos en la hora de salida de nuestros domicilios con rumbo a la "parada" de autobuses. Al llegar a la primera esquina, doblábamos a la derecha y al terminar la cuadra, recorriamos la tercera del trayecto, quebrando a la izquierda. Tomábamos el camión, y conversando sobre cosas triviales o más o menos importantes hasta que llegábamos a nuestro destino, nos separábamos a la entrada de la Secretaría dirigiéndonos a las oficinas respectivas, volviendo a reunirnos a la hora de salida para hacer el viaje de regreso.

González es un hombre de amplia cultura, y muchas cosas aprendía yo cuando hablaba de Literatura, de Filosofía, de Historia, Religión o Política. (No está por demás confesar que lamento no ser ya su vecino). He escrito el nombre de tales disciplinas con mayúscula porque mi amigo las exponía siempre en posición académica, y casi nunca era el comentario concreto sobre algún asunto de actualidad otra cosa que el estímulo para sus disertaciones.

La vida de Pedro era ejemplar, a mi juicio muy aliosa, porque, salvo los errores inherentes a la naturaleza humana tan llena de flaquezas, constituía un bloque macizo, o sea que mi amigo había logrado con naturalidad, sin gestos heroicos llamativos, realizar el anhelo del clásico cuyo apotegma citaba con frecuencia en honor de don Antonio Caso por quien sentía una fervorosa devoción que fortalecía con su conducta: "igualar co nla vida al pensamiento". Nada ni nadie lograba que González callara su opinión favorable o adversa a algo, si su conciencia le decía que tal opinión debía ser exteriorizada. Nadie logró intimidarlo o seducirlo quebrantando su verdad personal por la que siempre comprometió todo, fuera quien fuera el que se diera el gusto de enfrentarse con él o simplemente de provocarlo. Bien formado, su viveza intelectual desmentía su exterior tranquilo, ordinariamente con apariencias de pasividad tal, que muchas veces los observadores superficiales, imprudentes o jactanciosos, se equivocaron hasta el grado de llegar a describirlo como un hombre incapaz de algo valioso. Ante la actitud hostil, precisamente, gustaba de hacer brillar sus dotes polémicas, y con implacable y certera argumentación, matizaba de sonoridades en la forma que era elegante.

Juguetera o aguda y solía ascender en noble fraseo hasta la agresividad más hiriente, no obstante su apego estricto a los cánones del pensamiento filosófico y la ornamentación opulenta que la erudición y la riqueza de sobrias metáforas daban a sus ejércitos verbales, pulverizaba a sus opositores.

He querido insistir en los anteriores detalles, porque se comprenda mejor la trivialidad que quiero narrar y que mucho exhibe de la personalidad de mi buen Pedro, quien, a mi modesto entender vale mucho, y no pasa de ser un burocrata como yo.

Un día al hacer la tercera cuadra de

nuestro recorrido hacia la "parada" de los autobuses, me preguntó si, tras la verja de una casa situada a la mitad de la segunda etapa de nuestro tramo, había visto a un hombre joven aún, rapado, (mi amigo no decía "pelón", porque este término significa lo contrario de lo que el vulgo quiere expresar con él), vuelto hacia la calle, con unos ojos de mirada que parecía lanzada a objetivos lejanos.

—Todas las mañanas está detrás de la puerta de hierro. Parece un prisionero, un genio o un loco: en cualquiera de los casos, un solitario —dijo Pedro solemnemente.

—Nada tendría de raro que hubieras descubierto un rate más, —le dije, —en este rumbo tenemos varios. En la vecindad que se interpone entre nuestras casas, hay un muchachito deschavetado, padece ataques epilépticos. Dos casas más adelante, tenemos a una señora que sin tener la edad para el infantilismo senil, juega a las muñecas, y a veces le da por danzar, sintiéndose, tal vez, una Isadora Duncan o una Paulowa... ¿Tendría algo de raro —recalqué— tu descubrimiento de un loco más?

—Sabes que en Arabia, y mejor todavía, que los mahometanos consideran y tratan como intocables a los "locos"? Por nada los castigan, y proveen a todas sus necesidades debido a que "Alá los manda como ocasión para la virtud de los fieles. Para eso los privó de la

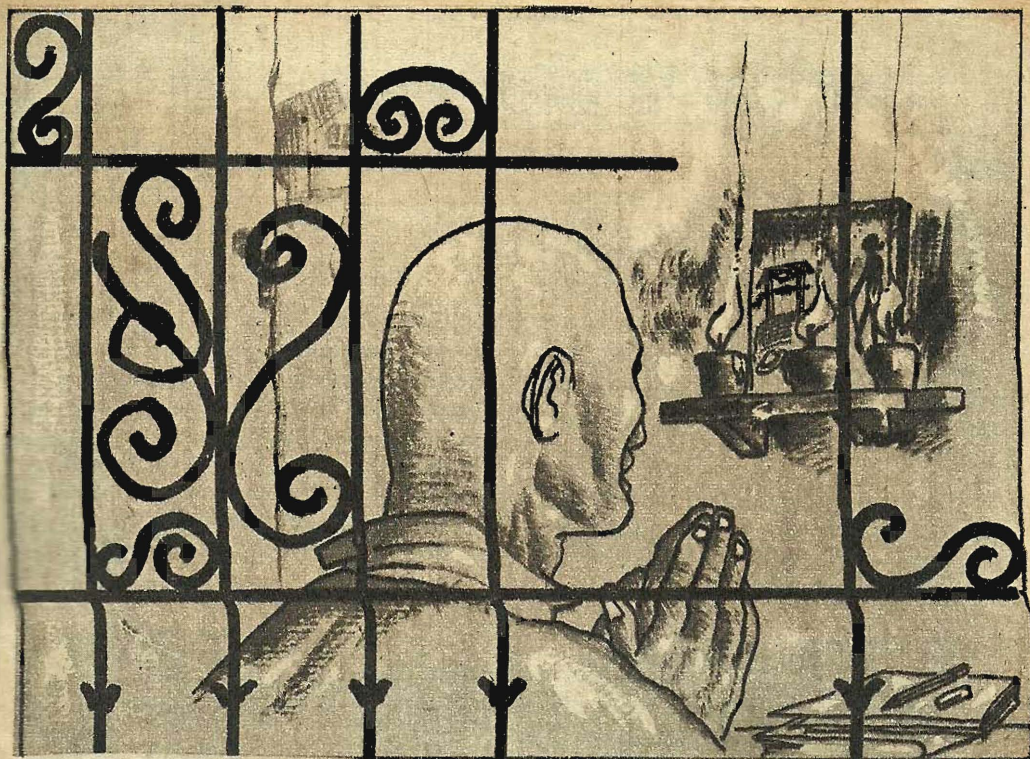
luz de la inteligencia". Este último enfemismo que contrasta con la cristiana manera de llamar "locos" a los hermanos enfermos del cerebro, ¿no te ofende amparado por el estandarte verde del profeta, considerando que debiera el ortodoxo —conozco tu catolicismo— cumplir siempre imperativos de amor, del amor que Proclo definió como "el conocimiento de Dios por su caridad, así como la belleza es el conocimiento de Dios por su hermosura, y la Ciencia el conocimiento de Dios por su verdad"?...

36

con el autorismo
cujos fue puer
haciendo
una obra

Pag 52

Para la 4/2



El autobús que llegaba, y una guapa pasajera que se nos anticipó en la subida, mostrando inquietantes medias de seda que contenían encantos adorables, me libró del sermoncito, y por varios días no volvimos a hablar de locos ni de locuras.

Verás, —me dijo Pedro unas dos semanas después de la fina reprimenda que recibí por hablar ligeramente de los hermanos locos—, ha investigado acerca de nuestro hombre. (Acabábamos de pasar frente a la verja). Padece el mal de D. Quijote, y ¡fíjate!, tiene devoción por él. En el muro que le queda a la izquierda —observa esto cuando él no se encuentre detrás del enrejado, porque si repara en tu curiosidad podrías ofenderlo—, ha incrustado un mosaico en que se representa el manchego velando sus armas. El Mosaico es azul claro, y en tal fondo destaca D. Quijote, pero cuesta trabajo distin-

guirlo, por el ladrillito está ahumado. La mancha del humo es más o menos oval, con el eje mayor perpendicular a la base del cuadrado. ¿Imaginas a qué se debe esto?... Pues a que debajo de la imagen, en sus crisis tremendas, el hombre se ingena para adherir "veladoras". El hermano prende lámparas a D. Quijote, gran señor en el reino celeste de lo que nosotros llamamos locura.

—¿Vas a hacer una apología?

—Una distinción, compañero: si aludes a la de la locura, —no sigo los caminos de Erasmo, porque me desagrada el moralismo, desprecio el normativismo del que se mete a reformar la conducta ajena; ello implica presión, coercitividad, fariseísmo. Si los hombres fueran estetas, realizarían una conducta valiosa por ese simple hecho. Para mí, la virtud es sólo una conducta estética. De la locura lo único que podría decirte es que me parece la circunscripción fun-

cional del cerebro a un cierto género de vivencias. Se trata de una intensificación del ritmo cuántico de la psique imaginativa. Las frecuencias de la vibración son tan altas, que el pensamiento adquiere velocidades infinitamente superiores a las del nuestro. Sería largo exponerte lo que los especializados en estos asuntos llamas "ambivalencia"... Ahora, si cuando me hablas de apología, piensas en la del hombre de la verja o en la de cualquier otro semejante a él, mi modestia sólo te dirá que constituyéndose estas personas en seres excepcionales, chocan con la vulgaridad, y como alteran las formas rutinarias de la vida, se vuelven estorbo, se les desprecia y para evitarles son enviados al manicomio. Pero si al insinuar que tengo madera de apologeta, lo haces recordando que hablé de don Quijote, llegamos tarde y pobres. La exégesis y la apologetica quijotistas son vastísimas —Saint Victor. Unamuno, Urueta, para no citarte sino unos cuantos, por más que en América hemos contado con hombres de vanguardia en materia de interpretaciones cervantistas y hasta con inmortales imitadores del estilo de don Miguel (don Juan Montalvo) —y quizás la más fecunda manera de ser divulgadores del ensueño quijotesco, sería la de lograr que la admiración por los ideales y por la valentía con que quiso realizarlos el bravo manchego, se convirtiera en inspiradora conducta naturalmente que sin influiría por las incongruencias y claudicaciones que no fueron del "Caballero de los Leones", sino de don Miguel de Cervantes. Los ideales del caballero andante eran purísimos, porque eran abstractos. Cervantes exhibe a D. Quijote como un pedagogo equivocado, es decir que lo derrota atribuyéndole una inadecuada manera de realizar tales valores. Ello constituye la esencia del humor cervantino que contrapone, como

37

Pasa a
la página
ma

Lámparas a Don Quijote

Exito

acertadamente dice el autor de "Hombres y Dioses", la verdad falsa (la realidad percibida con estupidez o con indiferencia) a la falsedad verdadera (acción de los hombres poseedores de ideas-fuerzas, apóstoles un "ethos", de un principio de orden en virtud del cual, aprovechando el mundo natural, pueda forjarse, creando en esa arcilla, un mundo históricamente humano; o sea la acción de los hombres que viven en y

por el afán de crear una historia bella de una humanidad bella).

—Oyeme, Pedrito, —interrumpí— y no tomes a mal que te haga una observación: si todos los "hermanos enfermos" fueran pacíficos, inofensivos, yo no tendría reparo que oponer a tus discursos; pero hay locos —perdóname que use esta palabra— furiosos, de indiscutible peligrosidad.

—Cualquier hombre es peligroso, dañino, si no registra los altos valores del espíritu. Cuando los conoce (cosa distinta de captarlos) suele ser este hombre el más peligroso, porque los exhibe como bandera que siguen los incautos, aprovecha su poder dinámico y luego los traiciona. En el caso que motiva nuestra conversación, no hablo de un fenómeno aislado, sino de un principio de explicación. El mecanismo de la locura —permitámonos la expresión, imitando a Aristóteles que habló del mecanismo del conocimiento, —la constante genética en ella es lo que importa postular. Lo que constituya cada enfermo, tendrá que ser el caso especial en cuanto concreto. En cada hombre, y piensa en el que sea considerado como el más normal, hay tendencias positivas y negativas, que alternan en él sus predominios. Lo negativo suele llamarse mal. Si en el sujeto patológico la obsesión apresa algo negativo, ello lo convertirá en peligroso, y si aprehende algo positivo, en soñador pacífico, luminoso. Lo que quiero que concluyas es que hay que juzgar al enfermo de este tipo con el mismo criterio ético que al hombre normal.

La plática siguió aquel día con tanto interés, que se nos pasaron tres o cuatro camiones, y como se había hecho muy tarde, decidimos reportarnos como enfermos, para que se justificara la falta a nuestros labores.

Debo confesar que todas las ideas que Pedro expuso me impresionaron fuertemente, y que no me causaba de admirar a mi amigo que ante un caso tan ordinario, a mi juicio, bordaba tan lar-

gos discursos. Me asaltaba una multitud de dudas, y al querer salir de éstas me sentía perdido en un laberinto de contradicciones. Por fin, decidí visitar a Pedro el domingo próximo, sacrificando mi programa de ingenuas diversiones.

—Ya estás envenenado, —me dijo riendo al recibirme, —porque has caído en el pozo sin fondo del hombre que filosofa... Qué bueno que has venido. Sé algo más de nuestro amigo. Pero es triste lo que sé: lo han llevado al manicomio. El altar de don Quijote está abandonado. Por tener ese culto, el hombre estorbó a su familia. El sabía lo que no sabían los otros. Es malo saber: D. Quijote dijo: "yo sé quién soy", y eso le hizo daño. Por no llevar dinero cuando salió a buscar las aventuras; por no tolerar que los arrieros profa-



naran las armas que eran instrumentos defensivos de su ideal; por haber creado a Dulcinea; por haber quiñotizado a Sancho; por haber increpado al clérigo mequetrefe, en su inmortal discurso "sobre las armas y las letras"; por haber dado cánones inflexibles a los gobernadores y justicias (consejos a Sancho cuando iba a gobernar la Insula); por haber dado a los galeotes la libertad acompañada de un deber (el de presentarse a Dulcinea); por haber predicado la fraternidad en su discurso a los pastores; por haber demostrado indomable valor al emprender sus aventuras (peligrosas realmente, puesto que psicológicamente él ponía el peligro máximo); por haber creído en la promesa que le habían hecho de respetar un pacto (el del villano que azotaba a un niño); por todo esto, en suma; por haber sido ésta la esencia de su locura —consistente en saber quién era y actuar de acuerdo consigo mismo, desentendiéndose de todo lo demás— Cervantes claudicó haciéndolo claudicar a la hora de su muerte, y en el nombre de UNA moral, que no de LA moral, lo obligó a renegar de su ensueño que en la agonía recordaba perfectamente ("en los nidos de antaño no hay pájaro hogaño; yo fui D. Quijote de la Mancha y ahora vuelvo a ser Alonso Quijano"...). D. Quijote era peligroso para Cervantes y por ello fue que lo sanó a la hora del filicidio que al consumarse burló a la muerte y también invirtió la paternidad. D. Quijote empezó a vivir como padre de Cervantes perdonado, pues por la misericordia de ese perdón Cervantes también es inmortal.

—Este hermano nuestro —finalizó Pedro —era bueno. Solitario siempre, no hacía daño a nadie. Le gustaba jugar a que iba a la escuela, y lo lograba situándose cargado de cuadernos y lápices frente al edificio de una primaria próxima, contemplando a los niños. Cuando se sentía muy triste, prendía "veladoras" a D. Quijote. Ahora el altar del manchego está desierto.

—Tú estás a punto de convertirte en vestal de ese altar —dijo a mi amigo al despedirme aquel domingo —pero la verdad es que salí triste de su casa. Paso a paso fui acercándome a mi domicilio. En mi mente resonaban con tonos de grito estas palabras: ¡La humanidad sería mejor si hubiera aprendido a encender lámparas al Caballero de la Triste Figura!!!...

76

Repetido